



# *LOS SANTOS COMO CANON DEL SER CRISTIANO*

---

1ª Exposición de la Mesa Redonda del XII EFCSM 2017

## **P. Ricardo Aldana, Siervo de Jesús**

Ricardo Aldana, miembro de los Siervos de Jesús, estudió Filosofía en la Ciudad de Puebla (México), donde ejerció enseñanza universitaria. Se licenció en Sagrada Escritura en Roma. Actualmente es profesor del Instituto Lumen Gentium en Granada y del seminario de Córdoba. Traductor y gran conocedor de la obra de Hans Urs Von Balthasar y Adrienne von Speyr, se dedica también a la formación de laicos impartiendo cursos de formación y dirigiendo tandas de Ejercicios Espirituales.

© 2017. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

## LOS SANTOS COMO CANON DEL SER CRISTIANO

Entre ser cristiano y ser santo hay, según Hans Urs von Balthasar y Adrienne von Speyr, una íntima coherencia; pero al mismo tiempo las dos cosas no pueden identificarse al punto de decir que todos los cristianos son santos o que lo que no son santos no son verdaderos cristianos. En las cartas de San Pablo encontramos ya esta paradoja: los cristianos de Corinto, por ejemplo, son saludados como santos aunque en seguida puedan ser corregidos por sus faltas, algunas muy graves<sup>1</sup>. Recordemos que la cuando en el Credo confesamos creer en la Comunión de los santos, decimos, según la Tradición cristiana antigua, dos cosas: creemos en la comunión con las cosas santas, como los sacramentos, la Escritura, las oraciones, que poseemos todos en común, y la comunión con las personas santas. Las cosas santas permiten que también los que no somos santos tengamos comunión con los santos.

Aquí nos ocupamos de ellos, de los santos, en lo que tienen que ver con la definición de lo que es ser cristiano.

### 1. Los santos son canon de la vida cristiana

Por un lado, recuerda Hans Urs von Balthasar, los santos son canonizados, por lo que la Iglesia los reconoce como canon o norma de la vida cristiana. No son *la* norma del ser cristiano, pues ésta se encuentra sólo en Cristo y en la recepción inmaculada de Cristo por parte de María (recepción que garantiza la santidad de la Iglesia); pero sí son aproximación a esta norma absoluta. Y puesto que la forma de la santidad divina comunicada en Cristo a los cristianos es la caridad, el canon de los santos no es algo secundario para la doctrina de la fe: su carácter normativo testimonia en el edificio de la doctrina el primado de la caridad, que corresponde al ser mismo de Dios y a la salvación de Dios: «Dios es amor. En esto se ha manifestado el amor de Dios a nosotros, en que envió a su Hijo Unigénito al mundo para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4, 8b-11). Por eso en la Iglesia antigua, según Joseph Ratzinger, la palabra “ortodoxia” se refería en primer lugar a los santos.

Lo dice así Balthasar:

Corresponde a la esencia de la Iglesia el que en el rango de lo inmaculado se presente como medida canónica no sólo la relación absolutamente normativa de Esposo-Esposa (mariología y eclesiología según Ef 5, 27), sino también esas aproximaciones a ella, que merecen ser elevadas a canon («canonizadas»), de la vida de fe en el amor eclesial: los santos, que viven completamente para el amor, para la actividad de los creyentes no son sólo «ejemplos morales» sino intercesores y distinguidos coadyuvantes, puesto que ellos se entregan al amor fecundo del Salvador<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Acerca de esta paradoja en San Pablo, cf. H. SCHLIER “Indicativo e imperativo en Pablo”, breve e incisivo excursus de su comentario a *La Carta a los Gálatas*, Salamanca 1999, 306-309.

<sup>2</sup> *Glaubhaft ist nur die Liebe* 79-80.

¿Cómo actúa esta norma? ¿Se trata de imitar a los santos? Si así se pensara, ¿no se convertirían en una norma ineficaz, puesto que, de hecho, cristianos santos hay pocos? Por otro lado, ¿no quiere Dios que cada uno viva su propia misión y no que se imite la vida de otro, por más santo que haya sido?

En realidad, los santos no señalan hacia sí mismos, sino hacia la santidad de Dios y a la santidad que Él comunica a la Iglesia; señalan hacia la Iglesia como comunión de los santos: «desde su lugar distinguido ellos señalan sólo hacia la integración total mutua de las acciones de todos los que aman, cuyas existencias e influencia eficaz, abiertas al infinito, se penetran y condicionan recíprocamente: comunión de los santos»<sup>3</sup>. La tarea cristiana, como se comprende desde la vida de los santos, es vivir en cada situación como «representantes de todos y de la idea total del amor». Todos los mandatos de la Antigua Alianza son compendiados en el amor absoluto ya consumado en la cruz del Señor, por lo que el amor ya no puede ser relativizado. Queda ya sólo el imperativo de amar siempre. «Los santos han sentido algo del hálito de este imperativo categórico; su vida y su hacer lo testimonian así. En ellos el amor cristiano llega a ser creíble, y ellos sirven a los pobres pecadores como estrellas que muestran el camino. Pero ellos sólo quieren ser indicación, olvidada de sí, hacia el amor»<sup>4</sup> (Id. 81).

Los santos son los que mantienen ante nuestros ojos el amor absoluto de Dios hacia el que señalan, con el que de ninguna manera se identifican. Y esto es la esencia de la Iglesia, hacer memoria de Cristo y señalar hacia Él como salvación para todos. Quedaría la pregunta de, si es así, qué hacemos los pecadores en la Iglesia entendida como comunión de los santos. La Iglesia es comunión de los santos porque ella está siempre recibiendo la santidad de Cristo. Por eso, los pecadores, reconociendo que no somos santos, no nos alejamos, y presentando a Dios nuestros pecados, vivimos de la misma vida que los santos. Sencillamente lo dice Jesús a Nicodemo: «el que cree en Él [el Hijo que Dios envió al mundo], no es juzgado» (Jn 3, 18).

## 2. Los santos en la santidad de la Iglesia

Adrienne von Speyr insiste en la idea mencionada de que los santos no señalan hacia sí mismos, no buscan, en el fondo, su propia santidad sino la de la Iglesia. Podríamos decir que la vocación universal a la santidad de todos los cristianos, como ha recordado el Concilio Vaticano II (Const. *Lumen gentium* cap. V) adquiere en Adrienne características marcadamente marianas, especialmente la de desaparecer en la Iglesia. En palabras de San Francisco de Asís en su *Saludo a la Bienaventurada Virgen María*: «¡Salve, Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María, virgen hecha Iglesia!».

Para exponer esta concepción de la santidad cristiana damos tres pasos.

### a. La estructura de la santidad de la Iglesia

H. U. von Balthasar, inspirado en una expresión de Adrienne, distingue entre los santos que la Iglesia ofrece a Dios, porque han vivido la vida y la misión cristiana ejemplarmente, y los santos que Dios ofrece a la Iglesia, porque la misión que ha encomendado a estos santos es un de relieve

<sup>3</sup> Id. 80.

<sup>4</sup> Id. 81.

novedoso teológicamente<sup>5</sup>, es una novedad del Espíritu Santo para entrar de nuevo en el Evangelio de Cristo. En otras palabras, si todos los santos son una interpretación viviente de la Palabra de Dios<sup>6</sup>, lo son con un alcance decisivo para toda la Iglesia *los santos de las grandes misiones*. Puede ser la de un gran teólogo como Tomás de Aquino, o puede ser la de un profeta no sacerdote como Francisco de Asís o la de un párroco como Juan María Vianney. Para Balthasar éstos son casos en los que hay un mensaje teológico en el cumplimiento de la misión, que abre un camino no recorrido a la revelación de Dios en Cristo.

Esta idea de los santos es la que domina en la obra de Adrienne von Speyr *Das Fischernetz*, basado en la imagen de los 153 peces grandes de la pesca de Pedro (Jn 21, 1-11) interpretada como número de la santidad total de la Iglesia, en la que la autora contempla a los santos con grandes misiones, representados por los números primos entre el 11 y el 153, como servidores de esa santidad que es más grande que cualquiera de ellos. El celo del cristiano más que el de hacerse santo es el de la santidad de la Iglesia. H. U. von Balthasar presenta así el libro:

De sus libros es el más “regalado de arriba”... Evidentemente la elección de los santos en *Das Fischernetz*, humanamente vista, sigue siendo arbitraria, más aun, ellos están en gran parte representando los innumerables santos que no comparecen allí... Pero la enseñanza propia de este libro sorprendente... es ésta: existe una lógica coherente entre el cielo y la tierra. La correspondencia entre Cristo y la voluntad del Padre es perfecta, pero también la correspondencia entre el sí de María-Iglesia y la exigencia de la Palabra es perfecta, y existe la posibilidad de dejarse perfeccionar, completar, en y para la Iglesia, por acción de la comunión de los santos. Y además, la Palabra de Dios a los hombres es precisa, y la obediencia esperada a ella debería ser precisa, no vaga ni aproximativa. Finalmente, las grandes misiones de los santos son indivisibles (como los números primos). Proviene de la unidad y la unicidad de Dios... Todos estos números sólo son formas del amor infinito, como también en la Iglesia en la tierra todo lo que aparece como figura es una forma de cristalización pensada para nosotros, pecadores, del amor de Dios<sup>7</sup>.

### *b. La obediencia a la misión como criterio fundamental de santidad*

Ahora hay que explicitar lo que se ha dicho de paso: que la obediencia a la misión es el criterio de la santidad. Ciertamente hay que decir con la tradición (de Orígenes a San Agustín a Santo Tomás de Aquino), que la forma de la santidad cristiana es la caridad. Sólo se añade que la caridad en la Sagrada Escritura tiene la forma concreta de obediencia a la misión dada por Dios. Es así ya en el Antiguo Testamento. Se puede decir, por ejemplo, que Abraham, nuestro en padre en la fe, no es un hombre tan religioso como Siddharta o como Epicteto o tan espiritualmente elevado como Plotino; pero es nuestro padre en la fe, en la obediencia de fe a Dios. Y es así en la Nueva Alianza también, porque el Señor mismo es dedicación absoluta a la misión del Padre, más aún, como dice la teología escolástica, su persona es idéntica con su misión.

La obediencia de fe es, por tanto, la forma concreta de la caridad. Esta convicción lleva a Adrienne a ser crítica con las actitudes de una búsqueda personal de la perfección en la que el amor pasa a segundo término, porque no es ya lo absoluto, sino que la virtud misma de la caridad se busca como medio para alcanzar la propia perfección. Es la obediencia de fe la que deshace los

<sup>5</sup> Cf. “Einleitung” (15-35) a “Therese von Lisieux” en *Schwestern im Geist. Therese von Lisieux und Elisabeth von Dijon*, 15-24.

<sup>6</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 48-49.

<sup>7</sup> *Erster Blick auf Adrienne von Speyr* 72-74.

equivocos de la religión farisaica. Adrienne manifiesta “horreur” no sólo ante la actitud de hombres que «hacen de su relación con Dios un comercio, una mentira o algo bajo... un compromiso, un arreglo con Dios en la forma de una religión», sino también ante la de «multitud de religiosos y monjas que exteriormente viven sólo para Dios, quizás incluso viven “perfectamente”, pero interiormente no tienen en absoluto ninguna idea de Dios ni del amor de Dios. Ellos viven recubiertos de religión, con cotidianos ejercicios, oraciones, afectos, sacrificios y mortificaciones, pero todo esto no tiene ninguna relación con el Dios vivo»<sup>8</sup>.

En general, ella ve que la búsqueda de la santidad puede cargarse con facilidad de fariseísmo egoísta. Balthasar describe la reacción de Adrienne ante las propuestas de buscar la propia santidad personal como lo más importante: «Todo en ese mundo espiritual le parece pequeño y mezquino, y ha sido ordenado en sus categorías. Y todo exteriorizado y con sus rótulos: “lo principal es la autosantificación”. Esto es para Adrienne algo completamente incomprensible. Ella no puede ni se le permite pensar en sí misma, en su santidad, “esto sería, la inversión del orden entero”, dice ella... Pienso que es bueno que ella haya recibido una visión concreta de la “dirección espiritual” como es frecuentemente practicada»<sup>9</sup>.

Por el contrario, la Escritura describe tres constantes en los elegidos de Dios: disponibilidad, obediencia y entrega a la voluntad de Dios<sup>10</sup>. Pero Adrienne no sólo expone esta idea sobre la santidad, sino que en sus libros sobre los santos, que son el mencionado *Das Fischernetz* y los dos volúmenes de *Das Allerheiligenbuch* (y también en parte en los tres volúmenes de diarios *Erde und Himmel*) Adrienne no sólo nos habla de la existencia de esta estructura de la santidad de la Iglesia sino que, en la medida en que la ha sido carismáticamente concedido, describe su contenido. No hay que olvidar la observación de Balthasar de que la selección de los santos de la red del Pescador, hecha por Adrienne y por él mismo, puede parecer arbitraria porque no es sino una representación de la santidad de la Iglesia que sólo Dios conoce tal como es. Entonces, sin pretender alcanzar la descripción real de esta estructura, se nos ofrece en la imagen de la red que atrapa las grandes misiones una comprensión de la necesidad eclesial, por ejemplo, de la santidad de Mónica, la madre San Agustín: la Iglesia necesita su oración confiada y constante, que no pide explicaciones ni pone plazos a Dios, que no cesa cuando ha obtenido lo que pedía, la conversión de su hijo, sino que continúa perdiéndose más todavía en la maternidad eclesial, hasta el punto que, según Adrienne, después de la conversión de Agustín ella sigue ejerciendo de madre de todos los creyentes. Desde este punto de vista, la Iglesia es como Mónica, es santa con la santidad de la oración de Mónica. Y algo parecido se puede decir de la santidad de Francisco de Asís, que reside en lo absoluto del amor de Dios que se hace fraternidad entre los hombres. Y del celo de Pablo por la palabra de Dios, de la fe de Juan María Vianney en la confesión, de la de Ireneo en la encarnación o de la de Pedro Canisio en la obediencia del apostolado. No se puede dejar de mencionar el lugar especial que tiene el amor obediente de Ignacio de Loyola del Dios siempre-más-grande, y el amor que conoce la Trinidad divina junto a María, propio de Juan.

La santidad total de la Iglesia es más grande que cada uno de ellos, pero cada uno de ellos aportan algo esencial de ese todo. La santidad de toda la Iglesia y la santidad de todos en la Iglesia cuenta con la santidad de las grandes misiones.

<sup>8</sup> *Erde und Himmel I*, n. 596.

<sup>9</sup> *Id.* n. 596.

<sup>10</sup> *Cf. Das Fischernetz* 216 ss.

El Concilio Vaticano II ha dicho que el Espíritu Santo gobierna la Iglesia mediante dones jerárquicos y carismáticos<sup>11</sup>, y que entre estos últimos los hay extraordinarios y otros más comunes y difundidos<sup>12</sup>. La Red del Pescador se refiere a esos carismas extraordinarios, dados por el Espíritu Santo para la edificación de la Iglesia, como todos los carismas, pero en un radio de acción muy grande.

*c. La actitud de oración y la actitud de confesión*

Muy cerca de la obediencia de fe, según Adrienne, hay dos actitudes que caracterizan el amor de los santos: la actitud de oración y la actitud de confesión. Porque sin la primera no se puede ya saber lo que Dios quiere o su voluntad queda en el pasado y no el amor actual; y sin la segunda el santo terminaría por atribuirse la santidad, pensaría en sí mismo y no en la santidad de la Iglesia.

La *actitud de oración* no está sólo hecha de actos y tiempos dedicados a la oración, que para ella son del todo necesarios, sino también de una mirada continua a Dios, de la delicadeza de tomar en cuenta siempre y en todo. Marta Gisi, en un testimonio personal sobre Adrienne, describía la actitud de oración, a diferencia de los actos explícitos de oración (del todo necesarios para que exista la actitud), como una disposición espiritual interior, una vigilancia, un silencioso presupuesto de la prioridad absoluta de la realidad de Dios. El cristiano entonces, permanece atento a la acción de Dios para reconocerla y exponerse a ella. Y cita a Adrienne: «La oración así entendida sería nuestro estar continuamente ante Dios, nuestro no ser obstaculizados en el trato con Él, nuestra voluntad de escucharlo y de seguirlo más allá de todos nuestros contratiempos reales. Una profunda y fundamental disponibilidad, por tanto, que constituye el fondo que sostiene todos los coloquios y actos de oración particulares. Esta disponibilidad nos debe acompañar a lo largo de todo el trabajo cotidiano, para condensarse en ciertas horas en ese modo que uno suele llamar oración en sentido estricto: en ese estado en el que no hay en nosotros ya ningún lugar sino para la voz de Dios, para nuestro escuchar esa voz y para nuestra conformidad»<sup>13</sup>.

Finalmente, para Adrienne von Speyr la medida de la santidad es *la actitud de confesión*: la desnudez ante Dios. El santo se presenta ante Dios como un cristiano más, con la característica que quiere ser mirado por Dios, juzgado por Él, sin adornarse ni anticipar nada sobre su persona. Presenta sus pecados a Dios con sencillez, sin ponderarlos ni justificarlos. Pero, además, los presenta sin separarlos de los pecados de sus hermanos los hombres. Todos hemos ofendido a Dios y a todos ha alcanzado Jesucristo el perdón del Padre, por eso uno no se puede presentar en el confesionario sino en solidaridad con todos los pecadores. Hay santos que se han convertido de una vida de pecado y hay santos que no han tenido experiencia de haberse alejado de Dios por el pecado. San Agustín, San Francisco, San Ignacio, han vivido lejos de Dios y le han encontrado. San Luis Gonzaga y Santa Teresa de Lisieux no se han apartado nunca de la fe viva. Pero en un caso y otro el santo vive ante el sacrificio del Hijo de Dios como fuente de la única salvación. «El santo da a la confesión una calidad determinada que ella sólo adquiere por medio de él. Una calidad tan preciosa que se podría pensar que el Señor, en el momento de la institución, ha tenido esta calidad especialmente ante sus ojos. Y justamente el santo, que es quien menos ha pecado, puede hacer la acusación perfecta: la acusación de su distanciamiento de Dios. Una acusación,

<sup>11</sup> Cf. *Lumen Gentium* 4.

<sup>12</sup> Cf. *Lumen gentium* 12.

<sup>13</sup> *Die Welt des Gebetes* 10.

también, que incluye en sí a todos los pecadores. La confesión de los santos es más social y eclesial que ninguna otra. Es esa confesión en la que participan los demás pecadores. Es un fruto tan puro que no puede ser consumido por uno solo»<sup>14</sup>.

Una última palabra de Adrienne sobre los santos: amarles a ellos es el modo más sencillo y claro de amar al Espíritu Santo<sup>15</sup> que da los carismas y la gracia, que comunica la santidad de Cristo y el Padre a la Iglesia. El Espíritu Santo hace posible lo imposible, que los santos sean la norma del ser cristiano y que los pecadores no estemos excluidos de la comunión de los santos.

---

<sup>14</sup> ADRIENNE VON SPEYR, *La confesión*, e-book Ediciones San Juan, Madrid, 2016, 322. Disponible gratuitamente en la web: [www.edicionessanjuan.es](http://www.edicionessanjuan.es).

<sup>15</sup> Cf. *Über die Liebe* 65 ss.